

y al débil, á los reyes y á los súbditos, á los padres y á los hijos! ¡Ley que, como decia Ciceron, es una y la misma en Roma, en Atenas y en todas partes! ¡Ley, en fin, que no puede ser derogada ni por el senado, ni por el pueblo! Y así que, los deberes de los reyes para con sus pueblos, y de los padres para con sus hijos, son dictados por sus propios intereses y por la recta razon ó voluntad divina, y no por un pacto voluntario que hubiesen hecho los reyes con sus pueblos, y los padres con sus hijos ó familias: *Bonus princeps nil differt á patre bono, nam sicut ut parentes filiis provident, ut bona his nunquam sint defutura, ita et principes:* dice Xenofonte.

El deber de ser fieles los súbditos, no es tampoco fundado en un pacto que hayan hecho antes de existir, y que nadie ha podido hacer por ellos; este deber se funda sobre el mas fuerte de los lazos, á saber: el de consultar el bien de la sociedad que los conserva; pues ésta no puede subsistir sin estar á el abrigo del gobierno, y éste, de la misma manera, no puede mantenerse sin la obediencia de los súbditos.

Ello es cierto, que es absolutamente necesario á los hombres un gobierno que los contenga en el cumplimiento de sus recíprocos deberes, y que velando en la guarda de sus derechos y de las leyes, se lo-

gre la privada y pública felicidad: y el mayor mal que les pudiera acaecer, seria el de ser abandonados á sí mismos: en este caso bien pronto la tierra no seria otra cosa que un vasto cementerio de la humanidad. Para enseñar y hacer conocer esta verdad en su imperio, fué costumbre de los persas, cuando moria un rey, cerrar por ocho dias los tribunales, quitar la fuerza á las leyes, dejando á todos en libertad para vivir segun las licencias de su antojo ó capricho, sin temores de las penas y sobresalto de la justicia: por este medio facilitaban todos los vicios y abrian la puerta á la perpetracion de todos los delitos, para que no viendo en las ciudades sino incendios, robos, homicidios, violencias y adulterios, todos echando menos el bien perdido y suspirando por él, mas gustosos se sujetasen al yugo benéfico de las leyes, y con mayores ansias abrazasen el imperio del sucesor: por esta sábia costumbre hacian conocer los persas á sus pueblos la necesidad que tiene el hombre en la sociedad del freno de las leyes, y de un gobierno ó autoridad suprema, ya para contenerle dentro de los límites de sus deberes, y que les prescribe el interes de su bienestar, ya para que le sirva de escudo y proteccion contra las malas pasiones de sus semejantes.

Y así que, no demos oidos á las voces temerarias

de aquellos mentidos tribunales que quieren destruir toda subordinación, llamando sin cesar á los hombres al goce de unos derechos de libertad é independencia, contrarios á la naturaleza: estos genios turbulentos quieren sacrificar la sociedad á el individuo, como si el individuo no fuese envuelto en las ruinas de la sociedad. Esta sería un caos, si ella no estuviera subordinada á un poder que la dirigiera. ¡Cuál confusión se vería en el universo, dice un piadoso escritor, cuál caos de horror se sentiría, si los súbditos osaran menospreciar á sus cabezas y gefes! Estas cabezas establecidas por Dios, consagradas por su orden; estas cabezas, que pueden llamarse ángeles tutelares de los imperios; éstas á quienes hemos votado desde nuestro nacimiento una obediencia plena y entera; en una palabra, ésta que debemos respetar y amar sinceramente. . . . Sería infaliblemente el mas grande mal que podría suceder á los hombres, si abandonados á sí propios y dejados á sus deseos, se hallaran sin gefes: entonces las pasiones desenfrenadas harían de este mundo el mas horrible caos, y ninguna persona viviría en seguridad y reposo.

Es, pues, un deber sagrado el someterse al poder supremo de la sociedad, por el amor á el orden, á la paz y á la conservación: por lo tanto, de cual-

quiera manera que el gobierno haya sido formado, sea por elección, por derecho de conquista, ó por sucesión ó derecho de nacimiento, el reposo y el bien de la sociedad exigen que los particulares se sometan á respetar la autoridad una vez establecida. La paz y felicidad de un pueblo, decía Teopompo, es mas bien obra y resultado de la sumisión y obediencia de los súbditos, que no de la justicia y prudencia de los gefes que lo mandan.

El derecho de independencia, de igualdad y de libertad natural, con que se brinda á las naciones por una filosofía sin patria, sin Dios y sin ley, es absurdo y quimérico y contrario á los verdaderos intereses del hombre; este fué siempre el derecho de los malvados é insensatos, y el derecho que en todos tiempos fué el lazo de que se valieron tribunales ambiciosos, para esclavizar y destruir los pueblos. Si se considera una familia, se verá que el padre tiene una superioridad sobre sus hijos á manera de imperio; su experiencia, el título de padre y las cualidades adquiridas con los años, le constituyen de hecho y de derecho superior á aquellos que de él recibieron la existencia. Y bien, ¿si no hay independencia, igualdad y libertad en la familia, se quiere la haya en un vasto Estado, cuando éste no se compone sino de aquellas?

La desigualdad es en el mundo la obra de la naturaleza. En lo físico y en lo moral nacen los hombres desiguales; unos nacen débiles, otros robustos; éstos con grandes talentos, estos con ingenio pobre y escaso; unos son activos y aplicados, otros perezosos é inertes; algunos tímidos, cuáles atrevidos, quiénes moderados, agradables y compasivos, quiénes impetuosos, iracundos y destemplados: pero qué, ¿no es bastante echar una mirada contemplativa sobre la especie humana, para conocer la desigualdad de sus individuos? ¿Estos no se diferencian en gustos, en genios é inclinaciones, así como en la voz y fisonomía? Estas son unas verdades tan sencillas y naturales, que deben estar al alcance de todo hombre, á no ser que su espíritu se halle pervertido por las locuras de la filosofía. La naturaleza, es decir, Dios, ha querido manifestar su omnipotencia y sabiduría en esta obra tan maravillosa y aun necesaria para la formación y conservación de la sociedad, á que destinara á el hombre. "En una sociedad de hombres perfectamente iguales reinaria, sin duda, como dice Mr. Levesque, una inercia peor que la misma muerte."

"Tampoco son iguales los hombres por las leyes de la sociedad, dice Holback, pues ésta, para ser justa, no debe de ninguna manera igualar al hom-

bre inútil y criminal con el ciudadano justo y laborioso: detestemos, pues, las máximas de una filosofía insultante, mal contenta y envidiosa, que bajo el pretexto de restablecer la justicia y el reinado de Astrea sobre la tierra, quiere abolir distinciones y clases para introducir en las naciones cultas una igualdad quimérica, que no existió jamás, ni aun entre las tribus de los más incultos salvajes." El sistema, pues, de igualdad absoluta, no es otra cosa que un sistema de destrucción: destruir las distinciones naturales en la sociedad, es querer llevarnos al estado en que, por la muerte, nos constituimos: solo en los silenciosos sepulcros podrá el hombre ser igual á los demás. *Quod si gradus, dignitatesque confundas nihil ipsa equitate inequalius*, decia Plinio. Y así es, que el empeño de hacer iguales á los hombres, según la nueva filosofía, solo ha producido súbditos rebeldes, Estados destruidos, y tronos desquiciados.

La verdadera libertad consiste en hacer aquello que se quiera, puesto que lo que se quiere sea justo y honesto, y no contrario á los verdaderos intereses de la religión, de nuestros semejantes, de nosotros mismos y de la sociedad. Empero no es esta la libertad racional por quien aboga la filosofía, pues ella la predica y mide por una vida licenciosa y va-

gamunda, en la que viviendo cada uno según su libre albedrío, y sin el respeto debido á las leyes y á las autoridades divinas y humanas, halla cierta seguridad é impunidad en los delitos. ¡Espantosa libertad! Esta es la que apetecen los foragidos y practican los apóstoles de la filosofía, después de cargar de cadenas á los desgraciados y engañados pueblos.

Rechacemos, en fin, con horror todo principio sedicioso, cuyas consecuencias serán siempre dañosas y terribles al orden social; detestemos por lo mismo esa falsa filosofía que busca fuera de los caminos naturales el origen de la autoridad y de la sociedad, con objeto de acabar con la una y con la otra; conozcamos que el pacto social soñado por Rousseau es opuesto á la naturaleza, á nuestros deberes y á la religión, fundamento de la sociedad; siendo siempre un absurdo ridículo, una quimera risible, forjar pactos libres, de lo mismo que es un deber, una obligación impuesta por la razón, la justicia, la necesidad y la naturaleza; y pasemos á probar en la segunda parte, cómo la religión es la base de la sociedad, siendo el fundamento de la justicia, de las virtudes, de nuestros deberes y de todas las relaciones civiles; así como también, que la orgullosa filosofía no puede presentar garantía algu-

na para la felicidad y conservación de los pueblos; pues su moral, sin base, sin motivos, sin autoridad y menos sin sanción, no puede ofrecer otras, que preceptos y máximas disolventes, que necesariamente sumen á los pueblos ó en la anarquía, ó bajo el férreo yugo de feroces tiranos: sus garantías no serán jamás otras que la violencia, el capricho del más fuerte, el temor del látigo ó del cuchillo: el hacha ensangrentada del verdugo. . . .

NOTA.

El origen de las revoluciones eran, hasta ahora, las comunes pasiones de los hombres; las casualidades y accidentes producidos por el tiempo, y el curso ordinario y variable de las cosas humanas. La revolucion presente (habla de la francesa), ó digamos democrática, es el efecto necesario de una filosofía impía, frenética, que minando de mucho tiempo á esta parte los verdaderos fundamentos de todas las sociedades humanas, respetados y reconocidos hasta ahora por todos los pueblos del mundo, debia coronar su infernal obra desnaturalizando á los hombres: atribuir á otras causas la fatal revolucion que desola tantos reinos y devasta tantas provincias, es confundir la causa con los efectos, los principios con el caso, y el curso natural de los acontecimientos con los incidentes casuales.

No es esto decir que esta filosofía subversiva y pestilencial no haya procurado alejar de sí la tacha de tantos y tan grandes horrores, de que ella sola es la causa. Muchos de los filósofos seductores se han avergonzado de la obra de sus manos; pero en vano Raynal detesta á presencia de la asamblea nacional las consecuencias de su doctrina, de que él

y otros como él eran los autores y promotores. El complot y conjuracion de los impíos filosofastros es en el dia innegable; é innegable ha de ser para todos los siglos, mientras exista lo que han escrito y publicado. Y sin embargo de hallarse ellos mismos divididos en facciones y chocando diariamente unos con otros, todos están de acuerdo en el punto de establecer la irreligion, el libertinaje, la anarquía y todos los horrores que son consiguientes á una revolucion ó complot que D'Alembert, Condorcet y Diderot miraban ó consideraban como la tumba de la religion, el sepulcro de la moral, la fosa de los tronos y el triunfo del ateismo. Puede leerse la palabra *Revolucion* del *Vocabulario filosófico democrático*.